

La política de las emociones como combustible del accionar golpista: desencanto y frustración en un clima modernizador autoritario, Argentina 1965-1966

Francisco Ezequiel Mosiewicki (Universidad Nacional de Mar del Plata/Centro de Estudios Históricos)

Introducción

-Si usted lo ordena, señor Presidente, yo traigo al Regimiento de Granaderos, pero le hago saber que tendré que venir combatiendo, pues la ciudad está tomada por las otras fuerzas, y no creo que mi decisión tenga éxito alguno. Correrá mucha sangre. (Selser, 1986, p. 67)

La frase pronunciada por el coronel Marcelo D'Elía a Arturo Illia durante la madrugada del 28 de junio de 1966 tenía la finalidad de disuadir cualquier intento de resistencia por parte del presidente. Para ese entonces el oficial, que era el jefe del Regimiento de Granaderos, formaba parte de la misma conjura que hubiese debido detener aún a costa de su vida. En lugar de eso, su actitud ambigua contribuía a darle las estocadas finales al gobierno constitucional establecido el 12 de octubre de 1963. En este trabajo desarrollado para el Foro del Programa Interuniversitario de Historia Política, proponemos el estudio del bienio 1965-1966, coyuntura en la cual los actores políticos del país contribuyeron nuevamente a la implantación de un sentimiento de desencanto acerca de la capacidad de la democracia de resolver los inconvenientes y falencias políticas y económicas.

Pretendemos analizar a la frustración como una emoción política propia de los argentinos en torno a la segunda mitad del siglo XX. Como un estado afectivo emergente (acompañado de otras emocionalidades características de los momentos de crisis), habría sido capaz de justificar actitudes en diversos espacios del espectro político tendientes a la interrupción de la constitucionalidad. Su etimología indica que implicaría un desencanto¹ (RAE, actualización 2023) de la dinámica política del profesional, de su figura, de su discurso. En lo cotidiano se podría manifestar en una “pérdida de fe en la macropolítica”, un abandono de los “grandes ideales” y una “decepción por el comportamiento de los políticos” (Miranda, 1999). A mediados del siglo pasado nuestro país comenzó a transitar un proceso de radicalización de las prácticas propias de la cosa pública (Bartolucci, 2017)

¹ A raíz de la definición, en adelante “frustración” y “desencanto” serán utilizados como sinónimos.

que alcanzaría su cénit en los años setenta con la expansión de las organizaciones armadas clandestinas y la sistematización del terrorismo de Estado. Si bien la rebelión estudiantil y juvenil no fue exclusiva de Argentina, su masividad estuvo marcada por la extendida politización de los sectores sociales medios y la influencia de la Revolución Cubana. Conforme avanzó la segunda mitad del siglo XX, los desprendimientos producidos en las agrupaciones y partidos políticos tradicionales a causa de divergencias ideológicas u operativas fueron acompañados por un “descrédito hacia el sistema liberal democrático” (pp. 37-38). Esa sensación de desconfianza se sintió hacia derechas e izquierdas y fue uno de los motivos de la efervescencia revolucionaria. Por parte de las FFAA, la inusitada popularidad del teniente general Juan Carlos Onganía tenía su correlato en el mensaje de la Junta Militar y su objetivo de llegar allí donde los partidos políticos tradicionales habían fracasado en resolver “la corrupción, el desorden y la inestabilidad del país” (p. 49).

En torno al inicio de la década del sesenta, la ciudadanía comenzaba a dar cuenta de su hartazgo frente a las habituales figuras que “rosqueaban” entre los poderes de la República. Como alternativa pedían, al menos desde 1963 (Favero y Mosiewicki, 2015), la aparición de un “hombre fuerte”, un “emócrata” (Casquete, 2020) que desde las FFAA, ampliamente aceptadas como árbitros del orden civil, pudiese sacar al país del atraso y devolverle a la sociedad su confianza en un sentimiento de progreso y bienestar general. Ese “clima emocional” (Casquete, 2017) de la frustración finalizaría en un consenso golpista del que participó casi la totalidad de la ciudadanía y que daría legitimidad al movimiento del 28 de junio de 1966. Hasta los legalistas y críticos más duros dentro del ejército como el teniente general Benjamín Rattenbach, defensor de la separación entre la política y el universo castrense (Mosiewicki, 2020) terminaron por apoyar la insurrección. Tras ser Arturo Illia removido por la fuerza de la primera magistratura sería el teniente general Onganía quien debería poner en pausa al sistema garantizando que la totalidad del espectro político argentino se mantuviera al margen del poder.

La operación que puso el golpe en movimiento, lejos de ser una improvisación, había sido cuidadosamente diagramada por diversos sectores políticos que confluyeron en torno a un objetivo común. Esa alianza sería revisada por los científicos sociales de lecturas más tradicionales como unión de grupos vinculados a la derecha nacionalista, la democracia cristiana (Selser, 1986, p. 23) y la burguesía financiera local con sus intereses puestos en el capital transnacional (O’Donnell, 2008, pp. 49-59), alineados a intereses militares de oficiales que habían pertenecido a la coalición azul. Asimismo, la

historiografía ha indagado en el papel de los medios de comunicación, específicamente los semanarios de opinión en la trama del golpe (Mazzei, 1997; Taroncher Padilla, 2004). Según esta tesis revistas como *Confirmado*, *Primera Plana*, *Panorama* -entre otras- habrían funcionado como los canales que permitirían acercar ese proyecto dictatorial al imaginario ciudadano funcionando como “agentes discursivos” (Taroncher, 2004, p. 16) de los conjurados en su proyecto para desacreditar al gobierno y sentar las bases del nuevo régimen.

Además de cumplir una función testimonial respecto de la realidad inmediata, se han convertido en actores que operan directamente sobre esa realidad, mediante la re-producción de ideologías, saberes, valores y creencias. En las décadas de los cincuenta y sesenta, la concepción dominante atribuía una influencia decisiva a los medios en la formación de ideologías y comportamientos. (Taroncher Padilla, 2004, p. 188)

Este trabajo buscará entonces contribuir a aportar una nueva mirada de un período ya conocido anclando esta vez el análisis en el campo de la historia de las emociones. Según nuestra perspectiva, el consenso golpista establecido en torno al 28 de junio de 1966 habría sido el resultado de una “política de las emociones” (Frevert, 2013; Gayol 2023) orientadas a establecer un desencanto generalizado sobre la base de un conjunto de “disposiciones emocionales” (Frevert, 2011, p. 41) existentes en la mediana duración alimentadas por la proscripción al peronismo, la inflación, los continuos planteos militares, la agitación social y el caos estudiantil.

La política de las emociones

La sociedad civil es el campo donde la acción política se pone en juego. Carlos Miranda (1999) busca realizar una caracterización de este concepto siguiendo diversas teorías sociológicas. Así, es posible entenderla como el espacio donde el ciudadano puja por satisfacer sus intereses individuales. En esta definición juega un papel el carácter “libre” y “autónomo” de cada persona en su condición de sujeto capaz de demandar el cumplimiento de sus necesidades (p. 62). Asimismo, ese bienestar privado no puede contrariar el bien público. Ese entramado de objetivos individuales y colectivos se constituye en un actor político:

... pues, constituida por las múltiples instituciones y asociaciones que libremente crean grupos de individuos para promover o defender objetivos, creencias, valores, ideas; en una palabra, intereses de diversa índole: religiosos, culturales, económicos, gremiales, deportivos, ideológicos, étnicos, etc. y también, por cierto, intereses políticos, los que tradicionalmente han sido canalizados en y por los partidos políticos. (Miranda, 1999, p. 63)

Las decisiones políticas y -como veremos más adelante- las “políticas de las emociones” serán resultado de la forma en que los partidos políticos sean capaces de captar, reformular y comunicar las demandas emergentes de la sociedad civil. Según Frevert y Pahl (2022) desde el advenimiento de la modernidad la política y las emociones tienen una gran afinidad. El establecimiento de los Estados-Nación ha llevado a acrecentar la necesidad de sus ciudadanos en participar activamente de los asuntos de la “cosa pública”. La toma de conciencia de la ciudadanía y su número cada vez más creciente a nivel social ha llegado a conformar un estado afectivo de emocionalidad política. Conforme se fueron naturalizando las prácticas políticas también lo hicieron las prácticas afectivas vinculadas a los actos de gobierno. La preocupación cada vez más activa por la forma de ser gobernados instituyó el derecho a decir y ser escuchados. En este sentido el rol de las instituciones se ha vuelto primordial en su capacidad de otorgarle un lugar a la emocionalidad civil. El sentir político en el mundo moderno se ha convertido cada vez más en una experiencia común, habilitado y moldeado por las instituciones (pp. 1-2). A través de las instituciones las emociones toman forma afectando, legitimando o rechazando los principios y los actos de gobierno (p. 4). En ellas las emociones toman forma en hechos cuyo fin es operar directamente sobre la realidad social, transformándola u oponiéndose al cambio. Los recursos organizacionales, financieros y personales establecen la acción política mientras que los propósitos en común, las creencias y los sentimientos de pertenencia explican y justifican el comportamiento social (p. 5). Estas “lógicas de apropiación” están reforzadas por los lenguajes de expresión y enunciación emocional modeladas por las instituciones (p. 7). De esta manera, la capacidad de estas estructuras afectivas de configurar las pautas de expresión emocional se complementa con la capacidad de agencia de los *emotives*² enunciados por los integrantes de las

² Según William Reddy (2004, p. 64) son emociones puestas en palabras. Cuando en un enunciado figuran palabras con una carga afectiva estas tienen un sentido descriptivo, relacional y auto-exploratorio dado

instituciones. Mediante esta dialéctica se delimitan aquellas emociones que pueden ser sentidas y expresadas de modo que sean más fáciles de copiar y seguir (p. 9).

La palabra “emoción” ya indica movimiento; la emoción es, ciertamente, “lo que mueve”. Antes que interesarnos, por ejemplo, por la justicia, y de reclamar lo justo, lo que nos dirige a ella es la emoción de sentir en cuerpo propio o ajeno la injusticia. Eso es lo que nos mueve. (Bilbeny, 2021, p. 118)

De la misma manera que Cicerón lo hiciese en su juicio a Catilina, los revolucionarios de 1789 ya creían que la forma de gobierno de una sociedad no dependía de las condiciones materiales de existencia sino de “los principios emocionales del alma” (Moscoso, 2017, p. 117). En su libro de 1748 Montesquieu había establecido esa relación directa entre las formas de gobierno y los sentimientos morales. Así, los regímenes despóticos se sustentaban en el miedo, las monarquías en el honor y las democracias en la virtud moral (pp. 117-118). En la Argentina de mediados del siglo XX las nuevas formas de participación se volvieron masivas de la mano del desarrollismo, el nacionalismo, las nuevas teorías comunitaristas de la Iglesia, el peronismo proscripto y la influencia de la Revolución Cubana. El crecimiento económico evidenciado en las décadas anteriores permitió a los sectores medios acceder a nuevas formas de participación y de consumo. Por un lado, el bienestar capitalista pasó a estar asociado a la palabra modernización, y la posibilidad de acceder a mejores formas de vida dependieron cada vez más de posturas individualistas y meritocráticas. La otra cara de la moneda fue una crítica cada vez más profunda al sistema por parte de los sectores que no se veían representados por esta ideología y la veían como una amenaza al espíritu revolucionario (Bartolucci, 2017, pp. 49-50). No es irrisorio pensar en las consecuencias de políticas de la inminencia de una crisis económica o la posible pérdida del bienestar o la solvencia y la responsabilidad depositada en los grupos políticos tradicionales.

El desencanto como acción política

que su objetivo es informar de un estado emocional, generar empatía o rechazo en el receptor y ponderar si, efectivamente, la emoción experimentada es la que finalmente se enunció (véase también Zaragoza Bernal, 2013).

El 14 de marzo de 1965 se llevaron adelante en nuestro país elecciones legislativas. Por primera vez desde septiembre de 1955 el presidente Arturo Illia permitió la participación del peronismo en los comicios. En los días previos la revista *Panorama* publicó una nota editorial titulada “Una enfermedad de nuestra democracia”. En ella se aseveraba que los partidos políticos estaban en crisis. Que ese fenómeno en Argentina había comenzado durante los últimos treinta años y que el regreso al sistema multipartidario luego del “violento fin del régimen totalitario” se produjo “mediante partidos políticos que habían perdido ya la consistencia de otrora”. Asimismo, a pesar de que aún la opinión pública estaba demasiado lejos de pedir una intervención militar, afirmaba que el “caos del actual momento argentino no se debe pues, a la quiebra de un sistema, sino a la defectuosa manera en que ese sistema es aplicado para solucionar la vida nacional.” (marzo de 1965, p. 12)

Daniel Mazzei (2012) analiza cómo, pese a la fuerza electoral del partido proscripto y a la cantidad de años que lo habían obligado a mantenerse al margen, los resultados arrojaron una diferencia casi nula y la mayoría se mantuvo a favor del oficialismo, victoria que pasó desapercibida a los ojos de los actores políticos que pretendían continuar desacreditando al gobierno (pp. 115-116). En junio de ese mismo año Mariano Grondona finalizaba su nota editorial para la revista *Primera Plana* puntualizando “(...) después de marzo, el radicalismo, concebido aún por sus críticos, como un eficaz moderador político de la energía justicialista, no muestra a la opinión una nueva estrategia, sino una nueva perplejidad” (1/6/1965, p. 7, en Mazzei, 2012, p. 116).

Luego de analizar ambas fuentes es posible interpretar cómo las palabras “defectuosa” y “perplejidad” están cumpliendo el rol de *emotives* de la frustración/desencanto. En el primer caso el autor argumenta el estado caótico del sistema político argentino y si bien no estipula que ese orden esté obsoleto sino deteriorado, viciado por la forma en que los partidos se desempeñaron como mediadores de la sociedad civil. La emocionalidad cambia tres meses después y Grondona sostiene que la actitud del radicalismo ante el problema que los aqueja desde 1955 -a saber, “¿qué hacer con el peronismo?”- es de desconcierto y confusión. La frustración de ambos tenía que ver entonces con el hecho de que un actor político específico no estaba cumpliendo con su función de la manera esperada. Alba Mustaca (2018) afirma que la frustración es una respuesta emocional que se desencadena cuando existe una diferencia negativa entre “lo esperado y lo recibido” y, por lo tanto, se constituye en una violación a las expectativas positivas que una persona ha depositado en un tercero. La autora parte de investigaciones

clínicas que demuestran cómo mayor “irritabilidad, depresión, agresividad o tendencia a volver a conductas no adaptativas” son el efecto de pérdidas familiares o de seres queridos, quedar desempleado o el incremento de problemas económicos (p. 66). Si bien no todas las pruebas conducidas apuntan a las mismas conclusiones la autora recupera cómo la mayoría de los casos de frustración conducen a situaciones de “agresión, fijación, regresión y conflicto” (p. 67). Asimismo, estas tendencias a la violencia y la agresión fueron evidenciadas luego de derrotas futbolísticas, los bruscos cambios económicos o el incremento del estrés de la población (p. 72).

Otro ejemplo de la misma naturaleza puede encontrarse en una columna asignada en la revista *Confirmado* del 7 de mayo de 1965 a quien fuera ministro del interior de José María Guido, Rodolfo Martínez (h). En ella, Martínez (h) denunciaba el estado pasional de violencia que afectaba a nuestro país desde hacía veinte años. Asimismo, relevaba cómo “las liturgias, símbolos, mitos y prejuicios han atenuado cuando no borrado, la importancia de posiciones programáticas serias, y de efectivas y actuales ideas de gobierno”. La decadencia del sistema, denunciada por los tres sujetos, en Martínez tomaba un nuevo sentido al afirmar que “el país necesita con urgencia liberarse de la gran carga emocional que lo daña y lo asfixia” al punto que insistía en el reclamo de impulsar “una eficiente y práctica modernización del país”, remarcando el peligro de no solucionar la cuestión política antes que “golpeen la puerta de los cuarteles”. Su intervención finalizaría casi como si se adelantara a los acontecimientos futuros, indicando que “el Comandante en jefe tiene la responsabilidad de decisión” (*Confirmado* n°1, 7/5/1965, p. 5).

La economía nacional fue también un tema constante en la prensa gráfica. En abril de 1965 Mario de Quirós publicó una nota analizando el sistema impositivo argentino y sus falencias como elemento de recaudación para la economía nacional. En este sentido declaró:

Los impuestos van por un lado. Los problemas por otro. No es el monto lo que los hace gravosos... huecos en un sentido social y humano, avaros en la retribución, fruto de la improvisación, de los vaivenes económicos, cuando no de las aventuras políticas, están entre los más caros del mundo. Entre los más burlados del mundo. (*Panorama*, abril de 1965, p. 30)

En septiembre de ese mismo año Antonio Martín (*Panorama*, septiembre de 1965) presentó un artículo que revisaba el proceso de incremento del parque automotriz. Comenzaba criticando a un “caudillo radical de Villa Lugano” por utilizar la cantidad de coches y los modelos circulantes como argumentos contrarios a la pobreza y la desocupación. Luego, buscaba trazar un panorama de la nueva costumbre de la clase media de gastar sus ahorros en automóviles a pesar de que “agoniza por detener el movimiento pendular de sus finanzas... a salvo de la quiebra” (p. 90). Promediando su análisis indicaba que “Con el dinero que los argentinos han invertido en coches, sin otra finalidad que alcanzar un ilusorio status social... se podría resolver, por ejemplo, el problema de vivienda” (p. 94). Su crítica al sistema económico recaía entonces en la errónea distribución del producto bruto nacional orientado a generar una mayor recaudación en lugar de solventar necesidades sociales estructurales.

Confirmado tampoco se quedaría atrás en la arremetida contra los elencos de la economía nacional desde su primer número (7/5/1965). Álvaro Alsogaray tituló “Panorama inicial” a la primera entrega de una columna que se volvería habitual en la revista dirigida por Jacobo Timerman. En ella afirmó que la principal dificultad de la Argentina en esta materia era la “profunda ignorancia que los políticos tienen sobre los problemas económicos, y en la incapacidad absoluta que los modernos ‘técnicos’ y ‘expertos’ en economía tienen acerca de los problemas políticos”. En la misma nota juzgó al gobierno como “liberal en la política y balbuceantemente totalitario en la economía” (p. 64). En los números sucesivos su espíritu de denuncia estuvo lejos de moderarse. Iniciando el mes de junio, luego de mencionar cómo ciertos actores ya especulaban con una “preferible” salida del gobierno mediante un golpe afirmó que, en lugar de prepararse para un cambio abrupto, el país debería acostumbrarse “al fenómeno de una asfixia progresiva” (*Confirmado* n°5, 4/6/1965, p. 5). En la siguiente edición volvió a atacar la falta de rumbo del Ejecutivo en materia económica:

Los numerosos y a veces ridículos episodios que se registran a diario entre ministros, subsecretarios y altos funcionarios que no se hablan entre sí, que no presentan las renunciaciones cuando se las piden, o que se hacen nombrar a espaldas de los que van a ser sus superiores inmediatos, no contribuyen por cierto a dar unidad a la conducción. (*Confirmado* n°6, 11/6/1965, p. 5)

Si bien está claro que ambas revistas presentaban diferencias en la gravedad de sus mensajes, la emocionalidad con que los equipos editoriales escribían era similar. En el caso de los impuestos los términos “improvisación”, “aventuras políticas” y “burlados” estaban cargados de una negatividad que buscaba conmover al lector en torno a los fracasos del sistema económico en alcanzar las metas propuestas. La operatoria afectiva pretendía legitimar la idea de falta de premeditación, corrupción en la clase política argentina y, finalmente, la evasión fiscal como única salida a la presión arancelaria. Ese mismo sentido de falsa ilusión de prosperidad buscaba develar el artículo sobre los automóviles. Según el periodista, la ausencia de objetivos tendientes a solucionar problemas estructurales de la sociedad terminaba por habilitar una cultura superflua que tapaba los inconvenientes económicos de base. El discurso de Alsogaray era más directo. Sus *emotives* solían poner énfasis en la inoperancia de Illia y su equipo. Utilizaba palabras como “ignorancia”, “balbuceantes”, “ridículos”, y caracterizaba el proyecto económico como una “asfixia progresiva”.

La cuestión social fue otro tema de tratamiento cotidiano. El ejemplo seleccionado apareció en *Panorama* de septiembre de 1965. En una nota de ocho páginas a cargo de Carlos Velazco se afirmaba la existencia en la Argentina de 900.000 niños sin techo, sin sustento y huérfanos, desamparados y excluidos de los planes oficiales (septiembre de 1965, pp. 42-50). La imagen descrita por el periodista mostraba un enorme contingente de lo que él llamaba “rebeldes” y que no eran más que niños sumidos en la extrema pobreza que terminaban por incorporarse a las filas del trabajo infantil o delinquiendo y que, por falta de políticas claras, aumento del presupuesto asignado o una modernización en los proyectos de contención, educación y reinserción terminan por caer en orfanatos y reformatorios que no los consideraban en sus individualidades y -por lo tanto- se volverían en otra imagen del fracaso gubernamental. Los subtítulos elegidos reforzarían esa imagen y fueron una muestra del éxito que la nota mantuvo en futuros números: “La escalera del diablo”; “Acefalia y caos”; “No hay dinero para la niñez en Argentina”. A propósito de esto, en el número siguiente aparecieron dos cartas de lectores como consecuencia del artículo. Una remarcaba que dos niños fotografiados no eran huérfanos, sino hijos de un compañero canillita que debían estudiar y trabajar “para ayudar a subvenir las necesidades de un modesto hogar”. La otra denostaba la actitud de la vedette Isabel Sarli al “gastar en su perro 24.000 pesos mensuales” (*Panorama*, octubre de 1965, p. 24). Lejos de quedar agotado el debate, en el número siguiente se incluyeron seis nuevas cartas con opiniones diversas sobre el mismo artículo. La mayoría de ellas

terminaba criticando a la “generación que gobierna a la Nación” (*Panorama*, noviembre de 1965, p. 26) o a los sueldos de diputados y senadores, afirmando que “en este país no es que no hay plata, lo que no hay es vergüenza” (p. 29). Todavía en diciembre se publicaron tres participaciones más al respecto de la nota de Velazco. La primera era un descargo de la misma Sarli sobre su economía personal. La segunda fue más llamativa aún, dado que quien escribía se preguntaba si los argentinos estaban esperando la “llegada de un redentor a la Casa Rosada” (*Panorama*, diciembre de 1965, p. 30).

Volviendo a la tesis de Javier Moscoso (2017) el frustrado que ha visto sus esperanzas truncadas en el devenir político nacional se asemeja al que ha sido objeto de una traición amorosa. Este perjuicio generaría -a su vez- el descrédito y el desconocimiento en la víctima. El autor que analizó el fracaso del orden jacobino establecido por la revolución francesa reconocía una “dimensión alucinatoria” que se arrojaba sobre el pueblo a la par que se establecía una mentira o se mantenían falsedades que ocultaban la realidad. El reconocimiento que se produce al caer el velo equivaldría a una herida de amor e implicaba para el damnificado estar dispuesto a traicionar y destruir a aquel que lo agravió porque ya no lo reconoce.

Poco importa que hablemos del rostro del enamorado o de la silueta del general Lafayette, decidido a traicionar a la República. La reacción meramente física que resulta de esta ausencia de reconocimiento (...) se asemeja a la reacción que produce la figura de cera que nos pareció viva y que nos engañó al tocarla. (p. 21)

En enero de 1966, una carta de lectores comentando un artículo que había aparecido en octubre del año anterior³ declamó: “¿Es posible tanta indiferencia por parte de los gobernantes?; ¿o directamente es ignorancia? Y si es ignorancia, ¿porqué (sic) gobiernan?” (*Panorama*, enero de 1966, p. 30). José Luis de Imaz, abogado, sociólogo y contemporáneo a los procesos revisados en este trabajo pretendió en su obra *Los que mandan* (1964) establecer un mapa de los grupos gobernantes o que detentaban el poder en nuestro país. Entre ellos las FFAA, dada la continua inestabilidad e inmadurez política argentina, se habían convertido en un factor de poder: “la intervención de las Fuerzas Armadas en la vida política ha sido siempre una consecuencia de las crisis de legitimidad

³ “El puerto se muere” (*Panorama*, octubre de 1965, pp. 87-96).

que periódicamente han sacudido al país, o de circunstancias de vacíos de poder” (p. 51). Respecto del prestigio de las fuerzas castrenses evaluaba la capacidad de ascenso social que la carrera militar había significado para tantas familias y de la particular educación recibida en esos contextos. Si bien en otros países y en tiempos anteriores el ascenso a la oficialidad militar estaba vedado a determinadas clases sociales o grupos de un status específico, en nuestro país era la educación en el “ejercicio de las armas” la que generaba una “mentalidad de status”, “al identificar al individuo con el más elevado grado de patriotismo, lo convierte en depositario de los ‘valores nacionales’” (p. 71). El teniente general Benjamín Rattenbach, otro contemporáneo que -a su vez- se desempeñó como un intelectual y crítico dentro del Ejército y especialista en sociología militar⁴ remarcaba a su vez la función de las FFAA como una “reserva de nacionalidad” (Rattenbach, 1975, p. 180), “es decir en un actor político capaz de actuar sobre el Estado cuando juzgue que la libertad y el orden de la Nación se ven amenazados” (Mosiewicki, 2020, p. 9). En este punto es importante recordar que, más allá de que la “crisis de legitimidad” anunciada por Imaz o la amenaza al orden nacional de Rattenbach ocurriesen efectivamente, la operación afectiva de los actores revisados en este trabajo contribuyó a recuperar esos temores, ese descontento y ese desencanto latente para transmutarlo en una doble dirección, el descrédito de la investidura presidencial, y la virtud del teniente general Onganía como ese “redentor” que la lectora de la revista reclamaba.

Entre morsas y tortugas

La nota de tapa de *Panorama* de octubre de 1965 anunciaba una encuesta realizada sobre el “país y el mundo” en la que se preguntaban lo siguiente: “¿Apura el paso la tortuga?” La representación de Illia como un quelonio se asociaba a la mirada de Juan Carlos Colombres, “Landrú”, editor de la revista *Tía Vicenta*⁵ pero que a su vez participaba con sus viñetas y *cartoons* en otros medios gráficos de la época. El humorista afirmó haber “inventado” a la tortuga por su cercanía al “peludo”, clásica referencia a Hipólito Irigoyen (*Canal 7*, 2003). Por su parte, la nota de *Panorama* buscaba realizar un *racconto* de las medidas tomadas por el presidente en los últimos dos años y cómo estas habían cambiado el panorama político del país. Asimismo, la información aportada

⁴ Véase Mosiewicki (2020 y 2023)

⁵ Se presentaba como “la revista del nuevo humor” dado que en sus páginas buscaba satirizar no sólo a los elencos políticos y militares, sin distinción ideológica, sino a toda la sociedad de mediados del siglo pasado (Favero y Mosiewicki, 2015, pp. 7-9).

indicaba que tales acciones no habían podido superar la crisis de inestabilidad, el atraso y el subdesarrollo, a la vez que se mantenía “imperturbable” frente a los planes de lucha de la CGT y el peronismo (octubre de 1965, pp. 46-59).

En mayo de 1966 la revista volvía a hacer gala de su ambigüedad hacia la investidura presidencial. Por un lado, el número se presentaba con una icónica imagen de tapa que mostraba a tres individuos paseándose por la calle Florida de la Capital Federal con carteles que consignaban “Basta Illia”, acompañada por el epígrafe “¿Tenemos libertad?”. Sin embargo, en la extensa nota que ocupaba las páginas 40 a 53 se afirmaba que la performance había sido preparada de antemano por integrantes de la revista para sondear la opinión pública y que, comparada a los titulares de diarios y revistas opositores, “resultaba un ingenuo llamado a la subversión” (*Panorama*, mayo de 1966, p. 49). Lo cierto es que, para ese entonces, la cantidad de referencias a la decadencia del régimen constitucional que podemos seguir considerando como *emotives* de la frustración en su rol de apelar al sentir ciudadano superan a la extensión de este trabajo.

En las fechas cercanas al golpe los calificativos aparecían en casi todas las notas que mencionaban la gestión de Illia tanto de manera central como tangencial. En la revista *Confirmado* n°52 (16/6/1966) la nota redactada por Mariano Montemayor afirmaba que el presidente se encontraba realizando maniobras “para ganar tiempo y durar”. Un poco más adelante, hablando del ministro de aeronáutica, brigadier Romanelli, se afirmaba que “dejará de ser pronto ministro” (p.15). Ese mismo número incluyó una carta del general Héctor Solanas Pacheco al general Eduardo Castro Sánchez donde aseveraba que “el país ha llegado a un grado tal de deterioro que realmente es difícil imaginar un acuerdo general sobre la gestión de las actuales autoridades”. Asimismo, y luego de hacer referencia al deseo de ciertas personas de que se produjera una “patriótica y salvadora intervención”, afirmaba que el sentido de su carta era manifestar su “profunda disconformidad” por el accionar de la Secretaría de Guerra que consideraba “erróneo y perjudicial para la Institución” (pp. 18-19). En la página siguiente, como continuación de una nota titulada “Radicales. Desconcierto, pánico y peregrinación” se afirmaba que Arturo Mor Roig, presidente de la Cámara de Diputados “aparece francamente desalentado y desconfía de un cambio efectivo en la tónica del gobierno” (p. 20).

La cuestión económica también se hizo presente en ese número. En una columna redactada por Eduardo Conesa se afirmaba que el pesimismo del Ministro de Economía Juan Carlos Pugliese en su última reunión con los empresarios (contrario al espíritu positivo de las cifras presentadas por su cartera en los diarios de tirada nacional) “le valió

el apodo de Ministro Triste”. Su nota finalizaba apremiando a que “el gobierno rectifique su errada política económica” que había llevado a aumentar la “recesión” y el “estancamiento” (p.69)

La contracara del presidente es otro sujeto que también fue caricaturizado por Landrú y que finalmente por esa misma ridiculización su revista sería clausurada. La presencia mediática del teniente general Onganía tiene su génesis de la mano de la victoria azul de septiembre de 1962. Su promoción a la comandancia del Ejército lo puso en el foco del periodismo a la par que comenzaron a circular diversos relatos que anunciaban su promoción al poder.⁶ La revista *Tía Vicenta* en su número 228 publicado el 7 de enero de 1963 denostaba el proyecto frentista de reincorporación del peronismo y afirmaba que “el futuro presidente deberá parecerse al general Juan Carlos Onganía” (7/1/1963, p. 6). El 11 de febrero de ese mismo año presentaba una falsa encuesta titulada “Quién será el futuro dictador de los argentinos?” (*Tía Vicenta* n°233, 11/2/1963, p. 2) en la que Onganía ocupaba el primer lugar. Su presencia en el imaginario de Landrú, empero, no desapareció finalizado el conflicto interno del Ejército. Con la futura salida electoral ya planteada y la finalización del interregno de Guido en el horizonte la revista dedicaba por entero al Comandante en Jefe del Ejército el número del 8 de julio de 1963 presentando en la tapa un “estudio lombrosiano de la cabeza de Onganía”, donde recalca entre otras cualidades su “capacidad ejecutiva”, su condición de “estadista nato” y su “amor al pueblo” (*Tía Vicenta* n°264, 8/7/1963, nota de tapa).

Ya en 1965, con motivo del establecimiento de un “Decreto reglamentario de primavera” se afirmaba que la duración de esa estación dependía de lo que el teniente general Onganía dispusiera (*Tía Vicenta* n°326, 19/9/1965, p. 9). Para ese momento, las tensiones entre Illia y el Comandante de las Fuerzas de Tierra habían llegado a un punto de tensión que explotaría en noviembre con la renuncia de este último (Mazzei, 2012, pp. 120-122). En el número siguiente una viñeta mostraba a Onganía anunciando: “El gobierno y nosotros nos llevamos a las mil maravillas” (*Tía Vicenta* n°327, 26/9/1965, p. 1). En noviembre Illia optó por promover al general Eduardo Castro Sánchez a la cartera de Guerra. Tanto las autoridades civiles como las castrenses habían buscado generar un traspaso ordenado luego de la renuncia del secretario Ignacio Ávalos. La pretensión era respetar tanto como se pudiesen los deseos de Onganía. Sin embargo, luego de dar su visto bueno con el nuevo candidato presentó su renuncia indeclinable. Su excusa radicaba

⁶ Véase Favero y Mosiewicki, 2015 y Mosiewicki, marzo de 2020.

en que Castro Sánchez era de menor orden que él y por lo tanto “el Poder Ejecutivo ha vulnerado” los principios propios de la institución militar (*Confirmado*, 25/11/1965, p. 10, en Mazzei, 2012, p. 125). Más arriba, en la misma entrevista juzgaba el accionar de Illia y de su gabinete por haber obrado “con una total falta de consideración” hacia su figura (*ibid.*).

Al igual que en los ejemplos anteriores, la palabra “consideración” toma el rol de *emotive* de la frustración. Onganía actuó con severidad y, luego del suceso, prestó declaraciones en la prensa dando cuenta de que se había cometido una injusticia. Para Mazzei (2012) su actitud no era más que una puesta en escena luego de haber utilizado el nombramiento del nuevo Secretario de Guerra para hacer efectivo su divorcio con el gobierno (p. 126). A pesar de todo, su solicitud de pase a retiro fue leída por la prensa como el anuncio de que el golpe de Estado estaba próximo a producirse. La tapa del número 336 de *Tía Vicenta* del 28 de noviembre mostraba un fotomontaje que pasaría a la posteridad: sobre un fondo de una estación ferroviaria se ve superpuesto a Onganía, caminando con su piloto en el brazo y el morrión entre sus manos. Una leyenda acompaña la imagen: “¡Pánico en Constitución! Onganía en Retiro” (28/11/1965, nota de tapa). El juego de palabras hace referencia a la nueva situación profesional del oficial y del riesgo que podría representar para la constitucionalidad del país en vista de la inestabilidad gubernamental siempre marcada en el orden del día de la prensa. Los números siguientes, sobre todo a partir de enero de 1966 contenían toda clase de referencias a Illia dándose “golpes”, chocándose con Onganía y el teniente general Pascual Pistarini, además de referencias a la Isla Martín García⁷ y augurios acerca de que Illia y Carlos Humberto Perette no llegarían al final de su mandato (Favero y Mosiewicki, 2015, pp. 13-14).

En junio de 1966 *Panorama* presentó una de sus notas centrales redactada por José Perez Abella. La misma se tituló “Que (sic) hace el ejército” y buscó establecer cuál era el estado general del arma para ese año y cuáles las perspectivas a futuro en el panorama nacional e internacional. En la página 10 se hacía referencia al ex Comandante en Jefe como un “oficial concentrado que hizo de la disciplina una vocación y ofreció al país la imagen de un hombre capaz de controlar sus impulsos” (junio de 1966, p. 10). En otra columna de la misma página afirmaban que la derecha política reclamaba la necesidad de establecer una dictadura militar para evitar el avance del comunismo. La

⁷ A partir de 1930 se había utilizado la cárcel local como destino para los presidentes derrocados.

nota hablaba también del estado “envejecido” de los equipos militares y de los proyectos de modernización a futuro confirmados por Onganía y Pistarini.

Es interesante la inclusión de semejante artículo afirmando (además) la importancia de preparar al Ejército para una posible “guerra contrarrevolucionaria” en el mismo mes en que se produciría el golpe de Estado. La nota cobra mayor sentido aún si se tiene en cuenta que el 28 de mayo el general Julio Alsogaray, por entonces Comandante del I Cuerpo del Ejército, habría citado a la prensa para informar que en el plazo máximo de un mes se procedería a la destitución del Poder Ejecutivo dejando el manejo de la información a la discreción de los directores de los periódicos citados (Selser, 1973, p. 19). La situación anunciada terminaría por concretarse el 28 de junio, bajo el liderazgo de los generales Julio Alsogaray y Pascual Pistarini. Al día siguiente la Junta constituida por los Comandantes de las tres armas le otorgaría el poder y la “total libertad de acción” a Onganía (Mazzei, 2012, p. 201).

Con esta acción las FFAA buscaban poner fin a un período de luchas facciosas, conjuras y sublevaciones en pos de salvar la unidad de los cuadros, el respeto por la verticalidad y la jerarquía que intelectuales como Rattenbach habían remarcado como ausentes a partir de la coyuntura del golpe de Estado de junio de 1943 (Rattenbach, 1970?, p. 98). Onganía se convertía así en el “emócrata” (Casquete, 2020) que había contribuido a gestar la crisis emocional de desencanto que había afectado al país, pero ahora era visto por la opinión pública como el hombre destinado a superar la debacle económica, modernizar al país y sanear la política de la corrupción y la inoperancia del período anterior.

Conclusiones

En las páginas anteriores se ha pretendido revisar un período investigado por la historiografía tradicional desde la perspectiva que aporta la historia de las emociones. La coyuntura estudiada se caracterizó como una alianza de actores políticos y fuerzas sociales tendientes a desprestigiar y desestabilizar la gestión de Arturo Illia. El objetivo último sería establecer una dictadura militar con el teniente general Juan Carlos Onganía en la presidencia de facto. Para este trabajo partimos de la hipótesis de que ese proyecto se constituyó en una política de las emociones tendiente a recuperar el malestar general ya existente en la población, pero a la vez inducir un estado de frustración y desencanto orientado hacia el gobierno de turno en particular y los partidos políticos en general. Para tal fin se partió de los estudios tradicionales que revisaron el período analizado,

investigaciones ancladas en la sociología y la historia para –luego- revisar los trabajos que vincularon el accionar político a los estudios de las emociones.

Se buscó caracterizar la emoción emergente de este proceso siguiendo a autores de la psicología y la filosofía para, luego, llevar esas interpretaciones a la escala nacional a mediados del siglo pasado. Pretendimos comprender cómo esa emocionalidad fue característica del clima de época y cómo la prensa se volvió un actor político más en el gran incendio que fue la radicalización de las formas políticas en nuestra sociedad.

A partir de este punto se comenzaron a revisar las fuentes. Se trabajó con muestras comprendidas entre marzo de 1965 (coyuntura previa a las elecciones legislativas en que el peronismo volvió a participar de los comicios) y junio de 1966 -cuando se produjo el golpe de Estado- extraídas de diversos periódicos; también se revisaron otras fuentes como estudios sociológicos realizados por contemporáneos al hecho en sí. En relación con las revistas estudiadas el análisis se centró allí donde se advertía cómo estas sensibilidades eran puestas en palabras, prestando atención al léxico empleado y al sentido que se buscaba darles. Los periodistas empleaban términos cargados de una negatividad deliberada que -muchas veces- no condecía del todo con la realidad que analizaban pero que, en última instancia, sí lograba traccionar el malestar popular, contrariamente a lo que algunos de ellos continuarían afirmando más adelante. Los artículos revisados en materia política, económica y de la cuestión social revelan una constante arremetida contra la gestión de la Unión Cívica Radical del Pueblo que -tarde o temprano- terminaría por condensar en el imaginario popular. Las cartas de lectores son en este punto una fuente muy interesante, no porque no se sospeche de su veracidad sino porque en última instancia sumaban el punto de vista “a pie de calle” a la constelación de la política del desencanto. Si fueron opiniones reales, entonces es posible obtener conclusiones respecto del éxito de la apuesta política de la prensa. Por el contrario, si estaban redactadas por la misma editorial de las revistas, le otorgaba a la gestión emocional un rostro más humano.

En el último apartado se buscó recuperar, al menos en parte, los dos extremos de políticos de este proceso. Satirizados como la tortuga y la morsa, Illia y Onganía estuvieron en la primera línea de relevancia mediática durante todo el período. El primero, menoscabado y ridiculizado como un reptil lento e inoperante, rodeado de ayudantes ridículos e ignorantes que no estaban a la altura de las circunstancias. El segundo era mostrado como un ser idílico, un superhombre capaz de reordenar los destinos de la Nación. El resultado final fue el trazado de un camino marcado hacia el consenso golpista.

Cuando ya ni a los propios ni a los ajenos les quedaba duda de que la salida del gobierno constitucional se produciría golpe de Estado mediante sólo quedaba una formalidad y apenas un puñado de hombres leales con la intención de sostener la investidura presidencial. El resto, entre quienes se encontraban muchos de los que años atrás habían recorrido veredas opuestas, ya estaban anotados -tras haber comprado la frustración o haber contribuido a venderla- en las listas de esa nueva y moderna autodenominada “Revolución Argentina”.

Bibliografía

Bartolucci, M (2017). La Juventud maravillosa. La peronización y los orígenes de la violencia política 1958-1972. Buenos Aires: Eduntref.

Bilbeny, N. (2021). Las emociones políticas de nuestro siglo. Astrolabio. Revista internacional de filosofía, (24), 117-130.

Casquete, J (2017). Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar. Madrid: Alianza.

Casquete, J (2020). El culto a los mártires nazis. Alemania, 1920-1939. Madrid: Alianza.

Favero, B y Mosiewicki, F (2015). La revolución Argentina es cosa seria: el humor político en la coyuntura del golpe de estado de junio de 1966. Diacronie. Studi di Storia Contemporanea, 4 (24). Le dittature militari: fisionomia ed eredità política.

Frevert, U (2011). Emotions in History – Lost and Found. New York: Central European University Press.

Frevert, U. (2013). La politique des sentiments aux XIXè siècle. Revue d’histoire du XIXème siècle, (46), 51-72.

Gayol, S. (2023). Una pérdida eterna. La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista. Buenos Aires: FCE.

Mazzei, D. (1997). Los medios de comunicación y el golpismo: el derrocamiento de Illia (1966). Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.

Mazzei, Daniel (2012). Bajo el poder de la caballería. El ejército argentino (1962-1973). Buenos Aires: Eudeba.

Miranda, C. E (1999). “Desencanto político y sociedad civil”. En: Política. Revista De Ciencia Política, 37, 57–69.

Moscoso, J (2017). Promesas incumplidas. Una historia política de las pasiones. Barcelona: Taurus.

Mosiewicki, F (2020). De la “expertise” al pensamiento crítico: la producción intelectual del teniente general Benjamín Rattenbach. Argentina, 1951-1984. *Contenciosa*, VIII (10).

Mosiewicki, F (2023). Un camino hacia la desazón: la geopolítica según el Tte. Gral. Benjamín Rattenbach entre 1955 y 1975. *Estudios Avanzados*, (38), 69-82.

Mosiewicki, F (marzo de 2020). ¿Un Reich en Plaza de Mayo? La Secretaría de Guerra durante el gobierno de Guido a través de Tía Vicenta. *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, 9 (18), 50-64.

Mustaca, A. E (2018). Frustración y conductas sociales. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 36 (1), 65-81.

Reddy, W (2004). *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.

Selser, G. (1973). *El Onganiato (I). La espada y el hisopo*. Buenos Aires: Hyspamérica.

Taroncher Padilla, M. A. (2004). *Periodistas y prensa semanal en el golpe de Estado del 28 de junio de 1966: la caída de Illia y la Revolución Argentina*. Valencia: Universitat de Valencia, Servei de Publicacions.

Zaragoza Bernal, J. M (2013). Historia de las emociones: una corriente historiográfica en expansión. *Asclepio*, 1(65).

Definiciones

“Frustración” [en línea]. En: *Diccionario de la lengua española. Real Academia Española*, actualización 2023. Recuperado de: <https://dle.rae.es/frustraci%C3%B3n> (Consultado: 16/04/2024).

Fuentes inéditas

Rattenbach, B. (1970?). “Benjamín Rattenbach memoir” [en línea]. En: Robert A. Potash Papers. Recuperado de: <http://credo.library.umass.edu/view/full/mufs020-b06-f01-i001> (consulta: 28/05/2017).

Documentales

"La Conjura de los Necios. La caída de Illia", Ciclo Vida y Vuelta, *Canal 7*, año 2003.

Fuentes periódicas

Panorama. La revista de nuestro tiempo, marzo de 1965 a junio de 1966.

Confirmado, nº1, 7 de mayo de 1965.

Confirmado, nº5, 4 de junio de 1965.

Confirmado, nº6, 11 de junio de 1965.

Confirmado, nº52, 16 de junio de 1966.

Tía Vicenta. La revista del nuevo humor nº228, 7/1/1963.

Tía Vicenta La revista del nuevo humor nº233, 11/2/1963.

Tía Vicenta La revista del nuevo humor nº264, 8/7/1963.

Tía Vicenta La revista del nuevo humor nº326, 19/9/1965.

Tía Vicenta La revista del nuevo humor nº327, 26/9/1965.

Tía Vicenta La revista del nuevo humor nº336, 28/11/1965.